

tantes. Se apea en una plaza de armas delante de los cuarteles; los soldados llenos de sorpresa y á medio vestirse agrupan en su derredor; ella dice su nombre; caen ellos á sus piés, les habla, juran morir por ella; se le reune el pérfido hetman Rozamuski, que arrastra consigo á los cosacos por medio de Volkonski, Schuvalof, Bruce y Strogonof, todos iniciados en la trama, sin mas esperanza ya de salvarse que con una repentina explosion. Quieren proclamar á Catalina regente:

« ¡No! ¡no! » exclama Orlof, cuya intriga con su soberana era de todos desconocida; « guardémosnos « de esponer nuestra cabeza haciendo las cosas á me- « dias para tener que comenzar otro dia de nuevo. « Al primero que hable de regencia le pego yo mis- « mo de puñaladas. »

Los vivos á la emperatriz recorren las filas de los soldados, que empuñan las armas, y yendo de cuartel en cuartel, arrastran ántes de salir el sol á todas las tropas y al pueblo á la corriente unánime de la revolucion. Catalina escoltada por su ejército, vuelve á montar en su carruaje de campaña, se dirige á la iglesia, en donde el clero la consagra, toma posesion del palacio, presenta su hijo al pueblo desde un balcon, y hace bivaquear los regimientos con cañones en todas las avenidas para impedir al emperador la entrada en la capital. En seguida, quitándose su traje

de mujer, se pone el uniforme de sus guardias, monta á caballo y sale á la cabeza del ejército en busca del czar.

XXIX

Semejante á los emperadores romanos, sorprendidos fuera de la ciudad por una sublevacion del campamento y un destronamiento, prelude de la muerte, Pedro III, en la quinta de recreo de Oranienbaum, vacilaba entre los pensamientos contrarios que asaltaron al mismo Napoleon en Fontainebleau, y que en el choque de las dudas y las resoluciones dejan huir la ocasion perdiendo el imperio y frecuentemente con él la vida. Un momento llega en que la fortuna es siempre mas fuerte que el hombre.

Pedro III, no queriendo al principio dar crédito á los rumores de trastornos que le llegaban de Petersburgo, los habia atribuido á un terror pánico de sus partidarios, habia montado en carruaje descubierto de paseo con su querida, las mujeres de su licenciosa córte, algunos familiares y el embajador de

Prusia, para ir á confundir estos vages rumores con su presencia en la capital.

Encontrólo en el camino un ayudante de campo de toda su confianza, que iba á anunciarle la revolucion; pierde el color; se apea del carruage con las mujeres; vuelve á montar solo en él, y retrocede precipitadamente á la quinta, recorre como un insensato los abandonados apartamentos; se desata en imprecaciones contra la emperatriz; se acusa en alta voz de no haber destruido sus proyectos con la prision ó la muerte; manda llamar los regimientos del Holstein; cuyos soldados, compatriotas suyos, le parecian mas incorruptibles que los rusos; dicta manifiestos incoherentes á sus secretarios, se los hace copiar á su favorita y á sus cortesanos, y da por fin al anciano mariscal Munich, que acababa de llegar de Siberia, el mando de las tropas reunidas al rededor de su persona.

XXX

Entretanto avanzaba el ejército de la emperatriz, engrosado en el camino con todos los tráfugas de

la causa de los reyes que se hunden. Munich, aconseja al emperador que se embarque en dos yaks de placer, anclados bajo los muros de los jardines, y que reme hácia Cronstadt, cuyas fortificaciones y guarnicion, aun intactas, le ofrecerian un refugio, sino medios para vengarse. Sigue por de pronto este consejo, se embarca con su córte, boga hácia Cronstadt y averigua ántes de abordar allí, que la emperatriz ha sobornado la ciudad y la flota.

« Ya no hay emperador, » responden los marineros de Cronstadt, á los que les gritan de los puentes de los yaks, que el emperador está á bordo; « levad anclas, ó de otra suerte echaremos á pique vuestras barcas á cañonazos ¡ Viva la emperatriz Catalina ! »

Al oír estas voces, Pedro llora como un niño, y se aleja. « La trama es general, » dice con abatimiento, « bien lo he previsto desde los primeros dias de mi reinado. »

Resignado ántes de haber combatido, espera reconciliarse con su mujer, vuelve á desembarcar en Oranienbaum, desarma los baluartes, abre las puertas y escribe á Catalina para pedirle como último favor que lo dejase volver solo á Holstein con su querida Fraila Woronzof.

Catalina le responde imponiéndole ante todo la renuncia del imperio; él la escribe y la firma, tan baja

y humilde como hubieran podido dictárselo sus enemigos. Desarman á sus soldados del Holstein, lo hacen subir á un carruage con su querida, lo conducen cautivo al castillo de Peterhof. Al apearse en el peristilo del castillo en medio de sus guardias de la víspera, ahora sus verdugos, es recibido con el insultante grito de ¡ viva Catalina ! Lo obligan á quitarse su uniforme, sus armas y condecoraciones; lo presentan casi desnudo para que lo escarnezan los soldados, y lo separan de su favorita Woronzof, cuyos rasgados vestidos y desordenados cabellos, revelan los infames ultrajes hechos por la tropa á una mujer indefensa.

Así fué destronado el nieto de Pedro el Grande por una alemana, que no tenia mas títulos al imperio que la compasion que inspiraba la seducción de las tropas, su audacia, su talento y su belleza. Orlof reinaba ya en su nombre.

XXXI

Pero tambien comenzaba á agitarse en el corazon de las tropas alejadas de la capital y de los marinos que no habian tomado parte en la revolucion el re-

mordimiento de esta transformacion, y el envilecimiento de un soberano. Los Orlof, temieron que deshiciese el arrepentimiento lo que habia consumado una sedicion. Su impunidad se encerraba en la muerte del emperador. Uno de estos hermanos Orlof (el Balafre), y un intrigante llamado Tieploff, deseando ascender por medio del crimen, se presentan al sexto dia de la revolucion como para consolar al prisionero y para comer amigablemente con él. Segun la costumbre de los rusos, traen copas de aguardiente para los convidados ántes de sentarse á la mesa. La copa ofrecida al emperador estaba envenenada. Conoce el sabor del veneno al beberlo, y arroja con horror la segunda copa que los asesinos querian obligarle á beber. En la lucha, Pedro cae en las manos de Orlof y de Tieploff, quienes procuran estrangularle sin dejar en su cuerpo señales acusadoras del crimen. No pudiendo dominar su desesperada resistencia, llaman en su socorro á los centinelas, cómplices suyos, que se hallaban detrás de la puerta de la prision. Dos oficiales de diez ocho años, Potemkin y el príncipe Baratinski, acuden á ayudar á Orlof, se precipitan sobre el emperador, lo sofocan poniéndole la rodilla sobre el pecho y le estrangulan con una servilleta que le rodean al cuello. ¡ Regicidio bárbaro, habitual en esta córte en que los cortesanos son verdugos !

XXXII

Algunas horas despues, Orlof, cubierto de polvo y de sangre, con los cabellos en desórden, el vestido desgarrado, como un hombre que viene de luchar, entraba con pasos convulsivos y precipitados en el palacio imperial de Petersburgo. Catalina, al verlo se levantó de la mesa, habló con él un momento en su gabinete, y saliendo luego aparentando admiracion y tristeza, anunció que el emperador acababa de espirar en su prision, de un cólico fulminante.

No se sabe si habia ignorado ó permitido el crimen, pero heredó el imperio de la víctima y recompensó á sus asesinos. Dueña de la Rusia por una conspiracion, la conquistó en cierto modo con su carácter civilizado, superior en una mujer, al genio salvaje de Pedro el Grande. Su reinado debia ser fatal á la Polonia y á los otomanos.

XXXIII

Pero al mismo tiempo que Catalina II arrebataba un trono á su marido con una sedicion militar y le afianzaba por mano de sus favoritos, otro soberano, el gran Federico, arriesgando veinte veces su reino por engrandecerlo, vencedor en fin á fuerza de genio militar de la coalicion de la Francia, Austria y Rusia, se levantaba en Prusia para la perdicion de la Polonia y para la conservacion del imperio otomano.

Este hombre, aunque nacido en las gradas del trono, se habia fortalecido desde su juventud, por la bárbara antipatía de su padre, con las desgracias trágicas y la enemistad de la fortuna, que contribuyen tanto á formar los héroes. Su carácter se habia endurecido en esta lucha con el destino. Aunque rey de nacimiento era mas bien hijo de sus propias obras. Al mismo tiempo era el genio de la guerra moderna; habia disciplinado y aguerrido toda una nacion. Para parecerse en todo á Filipo de Macedonia, no le faltó mas que un hijo como Alejandro.

XXXIV

La guerra de siete años que este príncipe sostenía contra todas las potencias occidentales y contra la Rusia, le había impedido hasta entónces intentar engrandecerse á costa de la Polonia. Por el contrario, celebraba ver entre la Rusia y la Prusia este vasto espacio de la Sarmacia, ocupado por un pueblo poco seguro, pero valiente, que si no acertaba á gobernarse, sabía á lo ménos pelear, y del cual no tenía nada que temer y sí mucho que esperar en favor de la Prusia.

Pero apénas hubo subido al trono Pedro III, renunció este á causa de su fanática admiracion por Federico, á la guerra que continuaba Isabel contra el héroe de Alemania, y firmó un tratado de paz y de amnistía con la Prusia. Sus ejércitos, que combatían á la sazón con los del Austria, abandonaron á esta potencia y fueron á reforzar á Federico.

Este cambio de política de Petersburgo obligó á

la Francia, al Austria y la Inglaterra á la paz de 1763 y á la cesion de la Silesia al gran Federico. Durante la tregua de diez años que sucedió á esta larga guerra, la Rusia y la Prusia, favorecidas por la ambicion del nuevo emperador de Austria, José II, tramaron el reparto de la Polonia.

Ningun escrúpulo podía hacer vacilar á un soberano que no creía en Dios, á una emperatriz de Rusia que había puesto el pié sobre el cadáver de su marido para subir al trono, á un emperador de Alemania que envidiaba la gloria de Federico y la fortuna de Catalina. Además, es menester que sepan los pueblos incapaces de gobernarse, que la perpétua anarquía provoca la conquista, y que una nacion que no sabe regirse ofrece á sus vecinos pretexto para que crean que no tiene razon de existir.

XXXV

Este pensamiento de la division de la Polonia no se declaró repentinamente. El tratado de paz entre

Federico y la Rusia estipulaba, respecto de la Polonia, que se pondrian de acuerdo á la muerte del rey Augusto de Sajonia para colocar á un polaco en el trono de Varsovia. En aquel momento, era esto entronizar la anarquía, porque de todos los yugos imaginables, el que los nobles sármatas soportaban con mayor dificultad era el de sus compatriotas. Los polacos, sospechando las cláusulas de este tratado y los proyectos de coalicion de la Rusia y de la Prusia contra su existencia, se agitaron con el presentimiento de su pérdida. El gran general Branicki y el general Mokranuski buscaron su apoyo en Francia.

La marquesa de Pompadour, favorita de Luis XV, inspirada por su vanidad, que la impulsaba á fundar una política, como habia fundado un favor, se dejó inclinar á la alianza austriaca por el jóven abate de Bernis, despues cardenal-ministro, y entónces familiar de una querida. Ella abandonó los polacos á su propia suerte por agradar á la Rusia, al Austria y á la Prusia. En lugar de una política, la Francia no conservó mas que una intriga en Varsovia. La vejez del rey de Sajonia y de Polonia multiplicaba los pretendientes futuros al trono, que iba á vacar muy pronto.

Miéntras que Mokranuski pedia un rey á la Francia, Poniatowski, candidato de los Czartoryski, des-

terrado, segun se ha visto, de Petersburgo por Isabel, recibia la noticia de la revolucion de Peterhof y del advenimiento de su amante al imperio. No dudaba que Catalina, libre y soberana, lo llamaria á Petersburgo para coronarle en Varsovia segun sus promesas. Sus tios, los Czartoryski, mas prudentes ó mejor informados que él de las nuevas relaciones amorosas de Catalina, lo detuvieron con dificultad en Polonia. Allí supo el favor de que gozaba Orlof. A la muerte del rey Augusto de Sajonia, quiso conciliar Catalina su amor á su antiguo favorito con su gratitud hácia Orlof, apoyando con sus tropas y sus recursos la eleccion de Poniatowski, que debió el trono á la proteccion de una czarina. Era la coronacion de la Rusia en Varsovia.

Las agitaciones y las guerras civiles de su reinado, las confederaciones de los católicos contra los protestantes, de los protestantes contra los católicos, las dietas, las conjuraciones, las tentativas de asesinato, debian hacerle expiar cruelmente su ambicion, y preparar por medio de todos los partidos el desmembramiento de su patria.

De esta lenta agonía de la Polonia no debemos referir mas que lo que toca mas inmediatamente á los otomanos.

Un secreto presentimiento parecia advertirles que

la irracional union de la Rusia, del Austria y de la Prusia contra la Polonia, no era mas que el prelude de una coalicion tan ambiciosa al mismo tiempo que impolítica, contra el imperio, cuyo vacío no se llenaria en lo sucesivo sino con la sangre derramada por las potencias europeas.

LIBRO TRIGÉSIMO TERCERO.

I

Antes de volver, á algunos años de distancia al reinado de Mustafá, se nos presenta una reflexion que no puede ménos de surgir en la mente de todos los pensadores. Esta reflexion es que la naturaleza representa un gran papel en la comedia humana, y que haciendo nacer en este ó el otro paraje del mundo á un genio superior, á un gran carácter, á un ambicioso, cambia con este solo hecho el estado de todo